

COMENTARIO A LA LITURGIA DEL DOMINGO

III Domingo de Adviento, Ciclo C

Estamos en el tercer domingo del tiempo de adviento y la liturgia de la Palabra nos presenta para la meditación el capítulo tercero del Profeta Sofonías, como salmo vamos a meditar parte del capítulo 12 del Libro del profeta Isaías, mientras que la segunda lectura se sigue tomando de la Carta a los Filipenses, esta vez en su capítulo cuarto, para finalizar con el evangelio según san Lucas en la continuación de su capítulo 3. Una palabra para centrar nuestra reflexión puede ser la alegría.

El tiempo de adviento es penitencial porque la Iglesia nos invita a la conversión, pero es también un tiempo de alegría en la espera, nos alegramos porque nacerá el Mesías, el salvador prometido por Dios. La conversión implica revisar la vida, reconocer los errores, sentir un dolor profundo por habernos alejado de Dios, hacer el firme compromiso de no volver a caer en el pecado, confesar esos pecados y al final cumplir devotamente la penitencia. Son estos los pasos de la confesión sacramental que en este tiempo es recomendada como remedio y camino seguro de conversión. Y es claro que como resultado de este proceso de revisión y sanación interior debe brotar de nuestros corazones la alegría, la felicidad de estar de nuevo con Dios, con el Dios bueno que nos perdona cada vez que regresamos a él arrepentidos. Es la grandeza que reconocemos en Dios al proclamar responsorialmente el trozo del libro del profeta Isaías, la confianza que depositamos en él porque es nuestra fuerza y nuestro poder, es nuestra salvación. Y sus proezas son las que hizo en los tiempos del profeta, en los tiempos del Mesías, de Jesús, y las que hace con nosotros, en nuestras vidas, especialmente al reconciliarnos con él. Por eso este tiempo de adviento es un llamado a la conversión y a la alegría profunda en Dios nuestro salvador.

El profeta Sofonías y san Pablo en su carta a los Filipenses nos invitan a la alegría. El profeta nos dice que gitemos de júbilo, porque el Señor ha cancelado nuestra condena, ha expulsado a nuestros enemigos. Y reina en medio de nuestro pueblo, en medio de Israel, su elegido. Y Pablo invita a que esa alegría no se quede en los corazones sino que sea mostrada a todas las gentes, que la conozca el mundo, alegría porque el Señor está cerca. Y nos invita a no preocuparnos, a no temer, a la vez que nos exhorta a orar en toda ocasión, en la súplica y en la acción de gracias. Y como resultado de esta entrega a Dios, de esta cercanía por la oración, brotará la paz de Dios que custodiará nuestros pensamientos y nuestros corazones en Cristo Jesús. Qué grande es esta esperanza que nos cantan el profeta y el apóstol, y que tenemos que vivir con la conciencia de que somos hijos de Dios, que somos sus elegidos, que pertenecemos a él. Adviento es el momento para que retornemos a esa fe que tal vez el mundo con sus afanes, el pecado nos están quitando.

Este tercer domingo tenemos en el evangelio el ejemplo de Juan el Bautista, el precursor, el enviado a preparar el camino del Señor. La escena evangélica nos presenta a la gente preguntando a Juan qué hay que hacer para salvarse, para

convertirse. Y la respuesta es el que tenga dos túnicas que dé una a quien no tiene, que el que tenga comida haga lo mismo, que en el comercio no se exija más de lo establecido, que los militares no extorsionen a nadie. A cada sector, a cada clase le dio sus instrucciones, que no son otra cosa que compartir, ser honestos, justos con los demás, no abusar de los otros. Eso lo dijo hace casi dos mil años, y sin embargo vemos qué actualidad tienen estos consejos. Hoy la sociedad nos empuja a ser consumistas, a no compartir, a tener temor de los demás, a ser egoístas e individualistas. Y lo que quiere Dios, y así nos lo dice a través de Juan el Bautista, es que seamos hermanos entre nosotros, que nadie pase necesidad que contribuyamos con el bienestar de todos. Es ir contracorriente, como lo fue también en aquella época, porque la palabra de Dios es una palabra profética, que denuncia el mal, y anuncia la bondad de Dios. Juan reconoció que solo bautizaba con agua, siendo este un bautismo ritual, un signo que la persona estaba arrepentida y quería cambiar de vida. Y el mismo Juan anunció que el Mesías bautizaría con Espíritu Santo, el espíritu que todos hemos recibido. Un Espíritu que nos limpió del pecado original y que nos da la gracia santificante cada vez que acudimos arrepentidos y con confianza al Señor.

Te invito a ti, que me escuchas, a que aproveches lo que queda de este tiempo de adviento para que te acerques a Dios. A que prepares no sólo el ambiente físico de tu casa o trabajo con adornos que indican la navidad, sino a que verdaderamente abras tu corazón al Dios que quiere renacer en ti, y en todos los que te rodean. La navidad será feliz, alegre, si tú y todos los tuyos, renacen con el Niño Dios.